

Temas:

1. Modificación de las lógicas de la guerra en la reconfiguración de la hegemonía
2. Las ciudades como laboratorios de la guerra
3. Militarización y seguridad como ejercicios de actores estatales-privados
4. Guerra preventiva

Entiendo aquí por método Haussmann, no solamente la manera específica bonapartista del Haussmann parisino de trazar calles anchas, largas y rectas a través de los atestados barrios obreros, dotándolas de grandes y lujosos edificios a ambos lados, de modo que, además de impedir estratégicamente la lucha de barricadas, se forme un proletariado de la construcción específicamente bonapartista y dependiente del gobierno, y asimismo transformar París en una ciudad de lujo.

Friedrich Engels, *Contribución al problema de la vivienda*

1. El entorno urbano

La ciudad fue durante siglos una excepción, la producción del espacio habitable privilegió los asentamientos rurales. Las ciudades eran, en esta lógica, centros de un tiempo social excepcional, en la mayoría de los casos centros religiosos exclusivos para élites políticas y económicas. De ahí su condición de amurallamiento, su fisonomía de fortaleza: para evitar el ingreso de los que no merecían la ciudad.

Es con la consolidación del capitalismo, como modo de producción de la materialidad social, que la ciudad se vuelve un espacio relativamente abierto, destinado a recibir a los miles de campesinos exvindicados de sus tierras, recién convertidos en trabajadores libres (producto de las políticas de cercamiento). Así, la ciudad se convirtió en un espacio en el que confluían por primera vez la producción, circulación y consumo de bienes, motivando la migración acelerada y el despoblamiento de las tierras colectivas. La ciudad es, desde entonces, en una inclusión que excluye; además de ser un espacio parasitario del campo.

Las ciudades se convirtieron en el epicentro de la concentración y la ganancia. Bajo la lógica de la autarquía, de una ficción de autoproducción y autosuficiencia, la ciudad en el capitalismo redefinió los rumbos de la producción, más importante que los materiales con

la que se hacían las cosas, se volvió el cómo hacerlas. Estos saberes especializados encontraron en la ciudad su nicho. Hoy las ciudades concentran un conjunto denso de saberes, materializados en infraestructuras de todo tipo, que son inimaginables en los entornos rurales; en los espacios urbanos se requiere de articulación y aceleración, propia de la contigüidad e interdependencia. Las ciudades son hoy en día los espacios privilegiados del capital, por primera vez en la historia del mundo hay más personas viviendo en ciudades que en las poblaciones rurales.

También la producción del espacio urbano en el capitalismo abre la puerta a fenómenos impensables en otros contextos: las grandes revueltas urbanas. Así como las ciudades son el epicentro de la concentración y la ganancia, también son el escenario de las revueltas y movilizaciones que con mayor fuerza amenazan la reproducción del poder.

2. La guerra urbana

Junto con el crecimiento acelerado de los entornos urbanos han acontecido modificaciones radicales en la construcción de las dinámicas de control y de poder. Las viejas estructuras normalizadoras y disciplinadoras, diseñadas y operadas para poblaciones relativamente reducidas (las escuelas, los hospitales, las cárceles, etc.) ya no son suficientes para mantener al mismo tiempo en orden a una población altamente heterogénea y supernumeraria; así como asegurar la reproducción del valor y su tendencial expansión.

La guerra social generalizada se ha convertido en una de las nuevas formas de control y, en cierto sentido, de construcción de hegemonía. Las ciudades ya no son blancos de la guerra, son escenarios de la misma. Un urbanismo militarizado se instala en el planeta; y no como resultado de invasiones, sino de políticas endógenas. Ya desde el siglo XIX se anunciaba esta dinámica, el paradigma fue París, que modificó su organización espacial para asegurar la intervención rápida de las fuerzas represivas cuando la política plebeya tomara las ciudades bajo su control. Pero hoy es mucho más que eso, no sólo se modifican las infraestructuras para asegurar la intervención, hoy la guerra en las ciudades es molecular y preventiva, es permanente y multimodal; no se realiza sólo por la transformación de las infraestructuras.

De esta manera, se han modificado los sistemas urbanos burgueses, aquellos organizados en círculos concéntricos: un centro político-comercial, rodeado de zonas intermedias, de servicios y habitación (con sus respectivas zonas “altas”), a su vez cobijadas por zonas de servicios rodeadas de las zonas productivas y las periferias donde habitaban los trabajadores. La urbanización militarizada es de enclaves, de islas de prosperidad rodeadas de mares de expulsión. En esta reconfiguración del espacio, “la defensa” del territorio opera de maneras diferenciadas. Que la guerra sea generalizada no quiere decir que sea igual ni que afecte a todos; como toda guerra es selectiva en sus objetivos y en sus procedimientos (aunque su generalización impide reconocer esto).

Otra característica es su lógica de ensayo. La guerra social en las ciudades experimenta, construye escenarios de juego y acción, aventura con hipótesis y prospecciones con vidas reales. Los simuladores son las calles mismas y sus habitantes; ellos sirven para probar un amplísimo abanico de operaciones: tácticas psicológicas, amenazas bacteriológicas, operaciones relámpago, espionajes, etc.

3. Diseminaciones

Junto con la modificación de los escenarios de la guerra han cambiado también las lógicas y comprensiones de la guerra en todos los niveles. De su forma moderna, institucionalizada, en la que la guerra era asunto de ejércitos profesionales y naciones de estado, la guerra social se vuelve “difusa” y “asimétrica”. Los enemigos son ambiguos en los dos polos, por un lado, “las fuerzas del orden”, representantes del monopolio estatal de la violencia, se difuminan en un abanico muy amplio de actores, ya no son sólo los cuerpos uniformados los que atacan, hay cuerpos “civiles” y privados, que ejecutan la guerra. Por el otro lado, la construcción social del enemigo, es también ambigua, ya no es el combatiente guerrillero, detentor de un proyecto político que pone en peligro la estabilidad y el “estado de derecho”, sino una fuerza amorfa (que igual puede encarnar en un grupo religioso que en un grupo armado). La guerra social del siglo XXI en las ciudades se despolitiza, a diferencia de las guerras contrainsurgentes del siglo XX.

Es de las guerras contrainsurgentes donde está el germen de la guerra preventiva del siglo XXI. La guerra contrainsurgente enseñó a los ejércitos coloniales que el enemigo no es sólo la insurgencia armada, sino toda la base social que la protege y apoya moralmente. Por eso los escenarios y las estrategias de la guerra se multiplicaron, junto con las balas llegaron los proyectos productivos, junto con las masacres las cooptaciones de personas de la misma comunidad, con las detenciones masivas los asesinatos selectivos.

Hoy los escenarios ya no son en las excolonias, son las ciudades metropolitanas del norte y, en espacial, las ciudades del sur global. Ante esto, cambia la lógica del enfrentamiento, los enemigos son internos; por tanto, se disemina la guerra para que sea la sociedad en su conjunto la que la realice y no sólo un sector especializado; se pierde así el carácter político y se vuelve una guerra de clases enmascarada en diferencias religiosas, morales, sexuales, económicas o etarias.

Con esto se construyen nuevas formas del guerrero, aquel personaje encargado de la guerra. Ya no es sólo el representante de un cuerpo especializado o semiespecializado, el guerrero puede ser cualquiera que cumpla los rituales de sacrificio y hombría. Esta diseminación tiene repartos desiguales de fuerza y de consecuencias, los procedimientos no son los mismos en todos los estratos sociales y, por tanto, tampoco los efectos. Ahí donde las mediaciones colectivas son más frágiles, la guerra social se sirve de instrumentos y procedimientos más rústicos (aunque en muchos casos se utilicen sofisticados

armamentos, no lo hacen bajo la racionalidad militar). La letalidad y la crueldad también son inversamente proporcionales, son más extendidas a menos mediaciones. A menos mediaciones, el odio se dirige contra la comunidad misma, contra sus condiciones de reproducción.

Estas formas “impuras” de la guerra social, conviven simbióticamente con las formas “puras” o institucionales, donde hay una razón policial de estado a la que tienen que responder. En estos casos hay estrategias y tácticas represivas inscritas en proyectos políticos y relaciones de poder establecidas. Aunque estas funciones tendencialmente se privatizan, incorporando a empresas especializadas en la seguridad, el espionaje y la represión, hay un último eslabón estatal, que si bien no controla todas las fases del proceso impide que se despliegue sin ningún orden. Ya que de ser así pondría en peligro la reproducción de las relaciones de poder y la reproducción de las condiciones mínimas necesarias para la reproducción de capitales. En este terreno, la guerra social en las ciudades, sigue, al menos en lo general, en las manos de poder centralizados, que dejan operar con relativa autonomía a los cuerpos de acción en las distintas capas, siempre y cuando permitan una reproducción general del sistema.

Esto produce una geografía de múltiples segmentos acompasados, en los que es necesaria la constante producción y redefinición de las fronteras, para conservar los enclaves estratégicos y para expandir el control parapolicíaco en la mayor cantidad de espacios posibles. Uno de los objetivos es la expansión de la cultura de la guerra, por medio de políticas de inseguridad y miedo. Otro objetivo es dividir el escenario y calcular las posibles respuestas de las poblaciones en hipotéticas, pero potencialmente reales revueltas urbanas.

4. Catástrofes

Así como las ciudades son el escenario de la exitosa cultura material capitalista, y de sus tendencias civilizatorias, que han modificado en muy poco tiempo los sentidos (en su triple acepción: rumbos, significaciones y sensibilidades) de la vida colectiva, haciéndolos a imagen y semejanza del universo de las mercancías, son también el escenario de la catástrofe, que se ha instalado como presente en todas las geografías del planeta. La otrora espacialidad de ensueño del progreso y la civilización, es hoy la geografía de las pesadillas y las realidades más atroces: junto al consumo obscuro y concupiscente, habita la precariedad y la expulsión.

Paradójicamente, las ciudades, como grandes espacios de concentración, también contienen dentro de sí los saberes necesarios para la lucha y la transformación. Por ello se convierten en escenarios estratégicos de la guerra, aunque la domesticación de los habitantes de la ciudad es extraordinariamente exitosa, hay una amenaza latente. Controlarla, aunque sea a costa de la destrucción total, es uno de los horizontes de la reproducción de las relaciones de poder hoy.